



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13381

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 26 DE JUNIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorelle, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Persiguiendo un ideal

COLONIAS ESCOLARES

Errores de educación llevaron la escuela primaria por viciosos derroteros de los que no ha logrado desviarla el asombroso progreso del último siglo.

La finalidad de la escuela esta por conseguir, á pesar de los esfuerzos de ilustres pensadores, pues el sano ideal y los medios que nos dieron se estrecharon contra la estúpida tradición, incrustada en las paredes de nuestras escuelas y en la conciencia pública.

Predomina en la educación un intelectualismo exclusivo reducido á una enseñanza exterior y teórica que no forma ese espíritu observador y fecundo que produce la cultura íntegra, la enseñanza intensiva, racional y práctica que debe impulsar el progreso de las ciencias y las artes. Errores educativos que padecemos y que precisan una gran revolución escolar que, desbaratando añejas preocupaciones, nos lleve á una educación que abrace la vida entera del niño para conseguir la educación completa del hombre y con ella la perfección de la sociedad.

Afortunadamente se nota ahora una grandiosa evolución en materia educativa que tiende á la formación psicofísica del niño en el verdadero equilibrio que recaman las leyes de la naturaleza infantil, marchando paralelas y recíprocamente subordinadas la educación del alma y la del cuerpo; que la inteligencia suele no desarrollarse cuando el cuerpo está débil ó enfermo, y el exceso de trabajo intelectual destruye el físico del hombre mejor constituido.

El sistema antiguo llevaba á los niños á la escuela sólo para estudiar; la estadística ha demostrado los males que produce en la niñez este sistema que le roba el tiempo de esparcir el ánimo y desarrollar los miembros, y le agobia con programas, exámenes, concursos, etc.

Niños enclenques, anémicos, de ca-

beza grande, cuello delgado, pecho comprimido... en una palabra: campo abonado para terribles enfermedades es lo que produce tal sistema educativo, incrustado todavía en muchos cerebros.

El espíritu nuevo y revolucionario quiere ante todo generaciones sanas, robustas y hábiles para dominar todos los ejercicios de la industria humana; quiere concluir con el estado patológico propio del antiguo carácter sedentario, y destruirlo reivindicando los derechos de la educación física para obtener hombres de inteligencia y saber, que la ciencia huye de esos organismos que parecen escapados del cementerio.

A los males que produce en la niñez el exceso de trabajo intelectual hay que añadir los que proporcionan la insuficiencia de la nutrición, la insalubridad de las viviendas y de las calles y de casi todas nuestras escuelas. Sólo promoviendo, fomentando y favoreciendo la educación física es como evitarse pueden males de tanta magnitud. A este fin obedece el precioso invento de las Colonias escolares de vacaciones.

El objeto de las Colonias escolares no es curar mal ninguno, sino fortalecer la naturaleza de los que necesitan aire puro, habitación sana, alimentos paradores, movimientos, juegos y alegrías, pues las escrófulas, los ocultos y traidores gérmenes de la tuberculosis, la consunción originada en las condiciones insalubres de una mala casa y de una nutrición insuficiente, sólo así se combaten.

Cuanto se interesan de los problemas educativos dedican preferente atención á éstas y otras instituciones de regeneración física del niño, recomendándolas como único medio de evitar los males que produce en la niñez el régimen á que se halla sometida, propio para reducir á enanos los gigantes.

La salud y la alegría constituyen la

vida, y la salud y la alegría sólo se consiguen con alimento sano, mucho sol, mucho aire, poderosos tónicos de que carece esa multitud infantil que llena nuestras escuelas, verdaderos almacenes de miseria orgánica producto de la miseria social. Devolver al niño las energías perdidas durante la labor del curso escolar, disponiéndole para la lucha contra el aire insano y la pobreza; arrancarle al raquitismo y á la muerte, es el trascendental fin de las Colonias escolares, institución profundamente pedagógica, higiénica y cristiana.

Satisfacción inmensa produce leer en las memorias publicadas los beneficios que proporciona á los niños el corto tiempo que permanecen sometidos al régimen higiénico de las colonias; parece increíble lo que se crece en estatura y en perímetro torácico; lo que se gana en peso, en desarrollo y en fuerza muscular; lo que se alegra el semblante y lo que se enriquece la vascularización de la piel; lo que equivale á restar enfermedades y alteraciones propicias, de donde arrancan las funestas semillas que siembran la muerte en las primeras edades de la vida. Además de estos beneficios, las Colonias reportan otros muchos en el orden intelectual y en el moral, pues en las páginas del gran libro de la naturaleza hallan los Profesores hermosas lecciones con que deleitar y enriquecer la inteligencia y el corazón de los pequeños colonos.

La lucha por la existencia no es guerra de individuo á individuo ó de nación contra nación, sino lucha de los elementos contra el hombre, en la que puede ser vencido por empobrecimiento orgánico lo mismo el pobre que el rico; pero los ricos tienen dinero y con esta primera materia se compra el hierro de la sangre, se construyen habitaciones higiénicas, veranean, disfrutan las benéficas impresiones que ofrece la amplísima, lúcida y sensible cámara de los campos, de los bosques, de las montañas y de las orillas del mar; pueden recuperar sus energías y sus

defensas si las perdieron; pueden triunfar en la lucha. Por esto, las Colonias escolares deben ser para los niños pobres, para los que luchan á la desesperada sin medios con que comprar el hierro de la sangre y construir habitaciones espaciosas y ventiladas, donde no puedan esconderse y reproducirse esos terribles enemigos que la ciencia ha descubierto y que sólo asaltan á los organismos débiles; para esos que se mueren de anemia, debiendo necesariamente ser elegidos los excursionistas por los facultativos, dando la preferencia á los de mala conformación torácica, á los de sangre empobrecida, á los débiles y á todos los que presenten señales de miseria fisiológica.

En el presente mes, los pueblos que tienen en estima estas benéficas instituciones trabajan en su organización, y por las noticias que tenemos puede asegurarse que en este año aumentará el número de Colonias, lo cual prueba la popularidad y simpatía que han alcanzado.

Cartagena, que levantó para escuela un palacio en donde encuentran alivio pasajero algunas de las causas permanentes de la degeneración física infantil, no podía permanecer indiferente á esta evolución pedagógica. Ya en el año próximo pasado tomó la iniciativa en este sentido mi buen amigo D. Enrique Martínez Muñoz, y ayudado hoy en la propaganda por el ilustrado periodista señor Marabotto, es de esperar que el pueblo cartagenero, el pueblo de la caridad, respondiendo á su tradición, enviará á disfrutar de los beneficios de las Colonias escolares á los niños pobres de muchas escuelas que se mueren de anemia porque no pueden veranear. ¡Menguada quien algo pueda y nada intente en favor de estos desgraciados!

Antonio Puig Campillo.

Profesor de la Escuela Elemental de Industrias. (Continuará)

ECOS NAVALES

Los palos de señales.

Entre las más conocidas modifica-

ciones que se han introducido en los acorazados japoneses *Katori* y *Kashima* que se acaban de construir en Inglaterra y están ya navegando para el Japón, figura la de la reducción de los palos de señales.

Los buques rusos durante la última guerra sufrieron mucho al ser cañoneados, causa de los altos explosivos que llevaban los proyectiles de los japoneses al chocar con ventiladores, carrozas, lumbreras, casetas y demás resaltes que encontraba la cubierta de un buque de proa á popa.

En esa impedimenta el efecto del choque de los proyectiles aumentaba la destrucción, quebrándolos en mil pedazos que se convertían en otros tantos proyectiles que barrían y diezaban la tripulación.

Los japoneses no sufrieron tanto, porque los rusos no hicieron tantos blancos como los japoneses, pero no porque las cubiertas de sus buques dejasen de estar tan encumbradas como la de los buques rusos.

Que esas instalaciones eran superfluas lo prueba el que en los buques modernos se han suprimido ó modificado en forma menos expuesta; y no por eso dejan de estar ventilados, acaso mejor que antes en que aparecía descolgando sobre las amuradas un batallón de ventiladores que presentaban un excelente blanco al enemigo.

Lo que no se ha suprimido en absoluto son los palos de señales, pero cada vez se va reduciendo su tamaño y número.

Las plataformas en ellos establecidas son un buen blanco para el enemigo, que al destruirlas, no sólo causa un daño material sino que impide la dirección del tiro, que desde ellas se hace hoy con los instrumentos para apreciar la distancia y puntería que debe efectuarse, datos que se comunican á las baterías.

Lo único que puede hacerse es reducir y defender en lo posible esas plataformas, que aunque ya sólo útiles en ese sentido, se han hecho imprescindibles para la dirección y eficacia del tiro.

criadita, que no dejaba de reír, Daniacha se fué á casa de la señora. Por con gran asombro de Dutlov, ésta se le- go á recibirle, sin siquiera decir el por qué.

—No sé nada, ni quiero saber nada—dijo.—¿Qué te mujik ni qué dinero? No puedo ni quiero ver á nadie. Que me dejen en paz.

—¿Pero y qué voy á hacer con esto?—exclamó Dutlov dando vuecos y más vueltos al sobre entre sus dedos.—Aquí hay mucho dinero... ¿Qué hay aquí escrito?—preguntó a Daniacha que le leyó el sobre.

Dutlov estaba indeciso; esperraba que tal vez la suma se estuviese destinada para la señora y que le hubiese escrito mal el sobre; pero Daniacha le lo repitió.

El suspiró, se volvió á mirar el sobre en el pecho y se dispuso á salir.

—Voy á tener que entregar esto al comisario de policía—dijo.

—Espere, voy á volver á la carga—dijo Daniacha, que había obsejado con atención cómo el mujik se había metido el sobre en el pecho.—Dáme esa carta.

Dutlov la sacó otra vez, y sin darle mucha priesa, la puso en manos de Daniacha.

—Díle que ha sido Dutlov el que la ha encontrado en el camino.

—Está bien. ¡Tras, vamos, acaba de dármela!

—Al principio creí que era una casta sin importancia; pero un soldado me ha dicho que contenía valores.

—Sí, sí; pero dáme pronto.

—Y yo no me atrevo á entrar en casa para... continuó diciendo el mujik, sin soltar el precioso sobre.—Díselo bien dicho.

Daniacha le arrancó la carta de las manos y volvió al cuarto de la señora.

—¡Ah! ¡Por Dios, Daniacha—dijo la señora algo incomodada—no me hables más de eso dinero!... ¡Si de acordarme de aquel pobre niño!...

—El mujik, señor, no sabe á quién quereis que se entregue esta cantidad.

La señora abrió el sobre, se estremeció al ver los billetes, se quedó pensativa y dijo:

—Es terrible el dinero... ¡Cuántas desdichas acarrea!...

—Es Dutlov, señora—le digo que se marche, ó quiero verlo la señora? ¿Está completa la cantidad?—preguntó Daniacha.

Dutlov se lo impidió. Arrugó los billetes entre las manos se los metió revueltos en lo más hondo de la poliza y cogió el gorro.

—¿Estás contento?

—¡Ah! Yo no sé qué decir. Verdaderamente, es... No terminó la frase. Dejó caer de nuevo la mano, se sonrió, le faltó poco para llorar y se marchó.

En el cuarto de la señora sonó la campanilla.

—¿Y qué? ¿Te has dado?...

—Sí.

—¿Se ha puesto contento?

—Sí, ha vuelto como loco.

—¡Ah! L'ámalé; voy á preguntarle cómo lo encontró. Hazle que venga aquí, que yo no puedo ir á verle.

Daniacha echó á correr, y encontró al mujik en el portal, donde con el gorro todavía quitado, había sacado la bolsa y la estaba doblando, inclinandose y con los billetes entre los dientes, en un momento que aquel dinero no sería suyo mientras no le tuviese encontrado, en el Casco Daniacha le volvió á llamar, se asustó.

—¿Qué! Advodía... Advotia Mikhailowna... ¿qué? quitármelo? Defendeme al menos, y yo en juré que no traté mal.

—Está bien, tráemela.